

Rodríguez González, Mariano: *Filosofía de la Mente*. Madrid: Ediciones Complutense, 2021, pp. 287.

Bajo el título de un manual al uso como es el de *Filosofía de la Mente*, uno se esperaría una exposición igualmente “neutra” de las cuestiones más importantes de la materia que da nombre a esta obra. Frente a esta primera impresión, nos encontramos ante un libro que además de ocuparse de caracterizar este campo de estudio, traza un itinerario guiado de la historia y respuestas que da la filosofía a la pregunta por la relación psicofísica. Para el autor, el problema fue una incógnita cuya perplejidad le atrapó durante décadas. Por ello, más allá de su cometido evidentemente didáctico, lo que se perseguiría es que, presentando el trabajo académico que ha desarrollado durante los últimos años, pueda ver el lector la manera en que el autor llegó a la solución que propone.

El libro está dividido en cuatro partes. Una breve introducción da paso a la segunda parte, que se dedica a hacer una exposición de las teorías de lo mental. La tercera se ocupa de la intencionalidad, abarcada desde su propia formulación por Brentano, hasta el externalismo, y de aquí se llega a una también breve conclusión en las páginas finales. El decurso de los capítulos sigue un cierto orden cronológico, pero en favor de la claridad explicativa es en varios momentos subvertido. En la segunda parte, la materia se organiza en los bloques de “Concepciones clásicas”, “Algunas concepciones alternativas” y el de la “Crisis de la representación”. Casi al final de este último, se dedican unas páginas a la conclusión del problema de la relación psicofísica, de la cual dijimos que el autor piensa como la más interesante, bajo el rótulo de “El problema de la mente y el cuerpo solucionado: Nietzsche y Dennett”, que comentaremos más adelante.

El estudio que le corresponde a la Filosofía de la Mente es definido como un enfrentamiento entre un subjetivismo cartesiano, en que el hombre tiene una cierta primacía ontológica sobre los demás seres y un objetivismo, que consistiría en naturalizar aquellos rasgos mentales que en el cartesianismo le concedían esta primacía. Se pasa de esta forma a comentar el primer elemento de la diada, los “dualismos”. El dualismo cartesiano es el inicio de la Filosofía de la Mente y más que una propuesta de solución, el autor lo presenta como el primer planteamiento de la dificultad de armonizar dos elementos que parecen sustancialmente distintos. Popper rechaza el esencialismo de Descartes, pero reconoce la autonomía y objetividad del mundo mental y el de la cultura, con lo que es retratado normalmente como un dualista de propiedades. Contra los materialismos levanta la evidencia de que el mundo de la cultura tiene efectos en el físico, tesis que autores como Bunge o Patricia Churchland pondrán en duda en base a la poca evidencia científica que hay de la influencia de la mente al mundo “desde arriba”.

Frente a las visiones dualistas, lo primero en ser tratado es el conductismo filosófico, hablando del neopositivismo, Ryle y Wittgenstein. De la mano de estos autores se alza una crítica contra el problema de la mente a través del lenguaje: para

que las proposiciones tengan significado deben ser verificables y la única manera de hacerlo en nuestro contexto es reduciendo el lenguaje psicológico al físico. Para Ryle, el problema viene de entender las facultades de la mente asemejándolos a las facultades de los objetos físicos, y para Wittgenstein, surge de una utilización de las palabras fuera de las formas de vida que las dotan de significado. Ambos acaban abogando por un conductismo en que, para hablar del dominio mental, debemos atender a lo que el sujeto haría en ciertas situaciones y no a sus estados internos.

Aun así, no queda claro que el que estamos tratando sea un pseudoproblema. En contraposición a las anteriores propuestas, la teoría de la identidad propone una nueva posibilidad: pensemos en la conciencia como un proceso cerebral. Esta teoría resulta ser una hipótesis empírica reduccionista en que dos tipos de observaciones con sentidos diferentes se refieren exactamente a lo mismo, sin embargo, resulta controvertido el pensar la relación como una identidad cuando lo único que se puede constatar es una correlación. Smart la critica diciendo que no es demostrable, pues ningún experimento podría hacer que nos decidamos entre elegirla u optar por una explicación epifenomenista, con lo que algunos autores acabarán sosteniendo que la identidad mente-cerebro siempre implica un dualismo de propiedades oculto. El fracaso de esta teoría al intentar establecer una correspondencia entre los estados mentales y procesos nerviosos llevó al planteamiento de un materialismo eliminativo que simplemente considerase que lo que hemos estado llamando hechos mentales no son otra cosa que hechos físicos.

El materialismo funcionalista retoma la teoría de la identidad extendiéndola de las sensaciones y sentimientos a los términos disposicionales. Por su parte, el funcionalismo computacional, es una de las posiciones más importantes en Filosofía de la Mente, que pone en relevancia el hecho de que la causalidad funcional no es, al menos a priori, dependiente de un soporte biológico. Turing argumentó que no habría por qué decir que las máquinas no podrán pensar. Bajo la definición del pensar conductista, se puede elaborar una prueba en que un ordenador interactúe con un individuo; con el desarrollo técnico, llegará un momento en que la máquina logre engañar a la persona de manera que piense que tiene delante a un igual. Los estados mentales son causados por estados computacionales que procesan *inputs* a partir de reglas sintácticas para dar *outputs* psicológico-conductuales. Esta postura es de las más populares actualmente, pero también ha sido ampliamente criticada. Para Block, un gran problema reside en la consideración de los *qualia*: tener dolor sería estar en un estado particular, pero este estado no reflejaría la experiencia fenoménica del dolor. Una dimensión a la que autores como Fodor no renuncian es la de la intencionalidad de lo mental, pero hay una dificultad inherente en la significación de las fórmulas sintácticas si lo que intentamos sostener es un enfoque naturalista. Para solucionarlo se suelen valer de la semántica informacional, si bien esta solución incluye ciertas dificultades y no consigue cerrar el problema definitivamente.

Tras esta exposición de las principales corrientes, el autor pasa a dar a conocer algunas concepciones alternativas. De ellas, posiblemente las más representativas sean el escepticismo, por haber sido históricamente sostenido por filósofos de la talla de Hume y Kant, y el emergentismo, por el interés del concepto de “emergencia” para la Filosofía de la Mente. Sin embargo, a los ojos de autores como Nagel, todos estos intentos de naturalizar la mente se pueden dar por fracasados, serían necesarios nuevos conceptos donados por algún progreso técnico futuro. Putnam es el principal enemigo del reduccionismo, cuestionando la existencia de una naturaleza invariable

humana sin conexión al contexto socio-cultural y sosteniendo que las propiedades intencionales no pueden ser comprendidas a través de una descripción física. Las actitudes proposicionales deben considerarse dependientes del entorno, con lo que es imposible formular un Algoritmo Maestro que integre todos los modos de conceptualización.

Una interesante propuesta en esta línea es la del enactivismo, que recomienda entender la conciencia como resultado de la actividad del cuerpo en el medio ambiente, una relación con los objetos siempre dinámica. La aproximación científica utilizada es la biológica, pues un enfoque teleológico permite pensar en razones motivadas que, según Alva Nöe, están presentes en todos los seres vivos. Cambia el concepto de representación por el de disponibilidad; las cosas se me presentan como disponibles a través de la acción, estoy relacionado con el entorno a través de un lazo sensomotor. La *enaction* en el mundo cuestiona la idea representacionista, proponiendo como alternativa que el yo y el mundo se cooriginen dependientemente. En relación con estas innovaciones podemos diagnosticar el desarrollo histórico del proyecto de la IA: la idea de que la inteligencia consistía en la manipulación lógica de hechos fue pensada por los investigadores como la única vía posible y terminaron abrazando una concepción representacional e intencional de la mente. Sin embargo, hay máquinas que pueden llevar a cabo funciones complejas con una eficiencia extraordinaria y que, no obstante, sigue sin parecer que comprendan. Para Block, saliéndonos de esta conciencia funcional, la fenoménica (sensaciones y sentimientos) resulta inexplicable por los investigadores de la IA.

Llegados a este punto, el autor hace una caracterización de la propuesta dennettiana, que para él consigue resolver el problema de la mente y el cuerpo en tanto problema filosófico o enigma. Las figuras a las que recurre Dennett son Turing y Darwin, que presentan el surgimiento de la comprensión desde una evolución gradual de las competencias. Esta evolución tiene que ver con el nacimiento de la cultura y está impulsada por la necesidad de comunicarnos, de modo que la conciencia humana tendría un carácter social. El algoritmo adaptacionista se extiende de la biosfera a todas las dimensiones del hombre, siendo los memes los que se ocupan de la replicación cultural, cuya transmisión originó la comprensión a partir de las competencias. Trasladando esto a la cuestión de la conciencia daría como resultado el hecho de que los seres tendrían más o menos conciencia dependiendo de lo necesaria que hubiese sido para su supervivencia. Finalmente, se vuelve a Dennett para explicar, valiéndose de Hume, cómo el contenido cualitativo de lo mental no son otra cosa que “ilusiones de usuario benignas”, desvaneciéndose totalmente en la imagen científica del mundo. Aquí queda caracterizada la parte más personal del libro y que adelantamos en el inicio como la propia postura del autor.

Las últimas sesenta páginas están dedicadas a tratar el problema de la intencionalidad de lo mental. Esta extraña propiedad compartida por todos los pensamientos, excepto sensaciones y estados de ánimo, que los refiere a un objeto que no tiene por qué existir es común a todos nuestros intentos de describir experiencias. Vemos que estos contenidos están determinados por el punto de vista sobre el mundo del sujeto, desempeñando un papel fundamental en la causación del comportamiento, pero su naturalización supone un problema porque una relación entre objetos que pueden ser inexistentes no puede ser natural. Esta direccionalidad del contenido normalmente se ha pensado como dependiente de una representación de la realidad en la mente, pero no parece un concepto fácil de delimitar, con lo que no parece factible llegar a naturalizar su contenido.

Para Sellars, el punto es que nuestros pensamientos tienen de por sí contenido semántico que los hace *tratar de algo*, y defiende una visión de la intencionalidad desde la semántica cognitiva. Pero esto tampoco conseguiría nuestro cometido de la naturalización, con lo que Fodor propone pensar los estados mentales como estados funcionales de los organismos, estableciéndose entonces un isomorfismo entre el rol causal de las actitudes proposicionales y el rol semántico de los contenidos semánticos. Sin embargo, se pueden reconstruir con Metzinger ciertas provocaciones dirigidas a la semántica cognitiva que hasta cierto punto ponen en peligro su edificio: encontramos aquí el argumento de la existencia de contenido no conceptual en algunos estados mentales, la conjunción entre imágenes mentales y las actitudes proposicionales, la aproximación neoconexionista del materialismo eliminativo y la asunción de las actitudes proposicionales dese un enfoque teórico-informacional.

La teleosemántica es una propuesta con vistas a solucionar estos problemas, haciendo depender el contenido de los estados mentales de la función que desempeñan en el contexto, residiendo el significado en la representación de la realidad. Lamentablemente, parece seguir siendo necesario hacer referencia a la teleología, con lo que Millikan propone que pensemos en la corrección de las funciones dependiendo de la que ha sido seleccionada en la evolución para satisfacer una finalidad concreta. El último punto de la parte sobre la intencionalidad se lo dedica al externalismo, que se puede presentar con el lema de Putnam “los significados no están en la cabeza”, poniendo en relevancia cómo el significado de las expresiones depende de la interacción del hablante con el mundo que representa.

Una pequeña conclusión hace un repaso de lo visto en el libro, resaltando las partes más importantes y reafirmando su apuesta por la solución de Dennett en conjunción con la obra nietzscheana. El valor de la presente obra de Mariano Rodríguez no se reduce a articular una visión general del panorama de la Filosofía de la mente poniendo al día al lector, sino que su aportación personal es de gran valor y supera las pretensiones de lo que parece en un principio un libro meramente informativo. Debido a esto, se destaca como una lectura plenamente recomendable para introducirse en la materia a la vez que resulta de gran interés para los ya iniciados.

Blas Alonso Rodríguez